

# HECHOS Y DOCUMENTOS CONTEMPORANEOS

## EL SEGUNDO CONGRESO DE LA CONFEDERACION IBERO-AMERICANA DE ESTUDIANTES CATOLICOS

Por ERNESTO ALAYZA G.

*Profesor en la Universidad Católica del Perú*

Con dignidad y con brillo celebró la Confederación Ibero americana de Estudiantes Católicos (CIDECA) su Segundo Congreso del 20 al 28 de mayo último, trayendo a nuestra ciudad un espíritu de Universidad y un tono de Catolicismo que atrajeron hacia él la atención de la mejor intelectualidad de Lima y la del público en general. Los periódicos en sendas y diarias páginas informativas, la radio transmitiendo el desarrollo de las Sesiones Plenarias, el público que acudió numeroso a las galerías del Teatro Municipal y las autoridades y los particulares en atenciones y recepciones, todos manifestaron su aprobación y simpatía por la obra de la Confederación.

La atención que esta reunión de la CIDECA había despertado en el Vaticano, bien claramente quedó demostrada con la hermosa carta dirigida a la Asamblea por el Eminentísimo Cardenal Pizzardo, Presidente de la Oficina Central de la Acción Católica en la cual hacía un comentario detallado del Temario y enviaba un caluroso saludo a los congresistas. Significación muy especial tuvieron los tres cablegramas del Santo Padre, quien con cordial preocupación y con muy expresivas frases, alentaba los trabajos y bendecía a los participantes.

Patrocinó el Congreso una Mesa de Honor presidida por el Excmo. Sr. Arzobispo de Lima, y de la cual formaron parte Ministros de Estado, el Encargado de Negocios de la Santa Sede, los Rectores de las Universidades y Escuelas Superiores de la Capital, el Presidente Nacional de la Acción Católica y el de Pax Romana; correspondió la Presidencia efectiva al de la Confederación, don Jorge Vergara B. (Chile), estando la Asesoría a cargo del R. P. Casimiro Beláustegui, S. J. Integraron el Congreso los representantes de doce países (Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, España, Méjico, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela), siguiendo sus trabajos desde lejos otros varios (Bolivia, Cuba, Costa Rica, Panamá). Pax Romana, Secretariado Mundial de Estudiantes Católicos, estuvo representada por su Presidente, don E. J. Kirchner.

El programa del Congreso comprendió una serie de reuniones de orden religioso e intelectual (públicas y privadas, plenarias y de comisión), matizadas con diversas actividades sociales.

Iniciados los trabajos con las sesiones preparatorias del día 20, tuvo lugar el Domingo 21 la instalación solemne. La Santa Misa en el altar que guarda las reliquias de Rosa de Lima, Martín de Porres y Juan Masias, santos del Perú y de Iberoamérica, y la solemne procesión del Santísimo Sacramento en el claustro principal del Convento de Santo Domingo, fué seguida por la Sesión Inaugural. En el curso de ésta proclamó el Excmo. Sr. Arzobispo a los Santos Patrones del Congreso, el Encargado de Negocios de la Santa Sede leyó el Mensaje del Excmo. Sr. Nuncio, ausente del país en esos días, y Gastón Turcatti (Uruguay) pronunció el discurso de saludo. Acordó la Asamblea saludar al creador del movimiento de la CIDECA, R. P. Martínez Silva, S. J. (Mejicano), así como al señor Presidente de la República, y tributar homenaje de adhesión filial al Santo Padre. La palabra de orden dicha por Carlos Septién (Méjico) fué digna de la espléndida tribuna y de la majestad de la sala, formada por centenarias paredes de convento y por subterráneos en que yacen ilustres muertos de la Orden de Predicadores. El pensamiento noble y la fervorosa emoción de Septién García fueron hermosa portada de los posteriores actos del Congreso, a los cuales elevó a superiores planos desde este primer momento.

Sede de los trabajos fué el Centro de Estudiantes Católicos ubicado en la Plaza de la Recoleta, en la que simbólicamente se unen la Iglesia y la Universidad. Tres Comisiones tuvieron a su cargo el estudio de los temas programados: la Mentalidad Iberoamericana, la Acción Católica Universitaria y los Problemas de la CIDECA. Contraída y disciplinadamente, los integrantes de las Comisiones trabajaron diariamente, después de asistir a la Misa de Comunión que oficiaban los Asesores de las Delegaciones y del Congreso. En sesiones plenarias privadas se leían las Conclusiones que iban produciendo en su labor, y, una vez aprobadas en sus líneas generales, pasaban a redacción para su presentación final. También en idénticas sesiones se dictaron lecciones por algunos Asesores y Delegados (Colombia, Méjico) y en ellas mismas se discutió las relaciones de la CIDECA con Pax Romana y la participación de la primera en el 18o. Congreso de la segunda, por realizarse en Washington-Nueva York en agosto-setiembre entrantes.

Cuatro sesiones plenarias públicas se efectuaron en el Teatro Municipal, amablemente cedido por el señor Alcalde de la Capital. Las tres primeras estuvieron dedicadas a presentar algunos trabajos que traían las Delegaciones, en los cuales daban a conocer problemas de sus respectivos países, mostraban las posiciones adoptadas por las organizaciones estudiantiles católicas y presentaban diversos estudios doctrinarios. A este último tipo pertenecieron "El Sentido de la Cultura en Iberoamérica", trabajo del Perú, expuesto por Jorge del Busto, "Contenido y Experiencia de la Cultura Cristiana", trabajo de Chile, leído por Manuel F. Sánchez y "Descristianización y Recristianización de la Juventud" de Hernán Vergara de Colombia. "La Lucha Universitaria en México", trabajo de Daniel Kuri Breña y "Orientación Universitaria en España" de Maximino Romero de Lema, correspondieron al segundo tipo. "Posición de España dentro de la Hispanidad" por Joaquín Ruiz Jiménez y los "Problemas Sociales de México" por Luis Calderón Vega, al primero.

Especial mención haremos del trabajo de Hernán Vergara, que demostró la finura espiritual de su autor y de la ponencia de del Busto, que fué expresión de una mentalidad precisa en la expresión e integral en la concepción. Posiblemente de mayor sugerencia inmediata fueron sin embargo, las referencias a la Universidad. Como realidad de lucha y con acento de quien está en plena vibración, Daniel Kuri B. expuso los trabajos que por acercarse al ideal de la Universidad realiza la juventud mejicana. Admirable en la depurada riqueza clásica de su palabra y de su gesto, y en la nobilísima concepción de la Universidad, la conferencia de Maximino Romero presentó las esencias de la Universidad española en cuanto tradición, en cuanto ideal de la Confederación de Estudiantes Católicos Españoles y como tipo de la actual reconstrucción.

La clausura del Congreso tuvo lugar el día de Pentecostés, Domingo 28 de mayo. Dando gracias al Señor por los evidentes favores dispensados en la preparación y realización del Congreso, asistieron sus miembros a una Misa de Comunión en la Iglesia de Jesús María, tan recogida en la magnífica floración de su arte hispánico, constituyéndose luego en el Teatro Municipal para la última sesión pública.

Eran las Conclusiones del Congreso el número central: por su justeza doctrinal manifestada en elegante forma y por los precisos puntos de acción, fruto de vivida experiencia, fueron recibidas con general aplauso. La despedida de los Congresistas dicha por Javier Lagarrigue (Chile) y la fervorosa oración de Enrique Ponce C. (Ecuador) manifestaron por última vez cuál había sido el espíritu profundamente religioso del Congreso. Victor Andrés Belaúnde, maestro de estudiantes y alentador de juventudes, pronunció una vibrante conferencia sobre la Juventud Católica, Esperanza de América, en la que hacía ver la obra de la Iglesia en la constitución y características de los países de la Hispanidad, y señaló a los movimientos de Juventud y de Universitarios Católicos, como continuadores auténticos de esa obra de Fé, de Cultura y de Nacionalismo. Un saludo de Monseñor de Santis, Encargado de Negocios de la Santa Sede y la bendición pastoral impartida por el Excmo. Sr. Arzobispo de Lima, recibida de rodillas por el público que llenaba el Teatro, fué el acto final del Congreso.

En cuanto al aspecto social, figuraron en él diversas actividades: visita a museos y lugares históricos para hallar en ellos la tradición de Hispanoamérica (Convento de San Francisco y Museo de Arte Religioso, Iglesia de Magdalena y Museo de Antropología, Quinta de Presa); conocimiento de las obras con que se remeza y acrecienta ese patrimonio (Escuela de Agricultura, Restaurantes Populares, Palacio de Gobierno, Carretera Central); generosos banquetes ofrecidos por diversos conventos (PP. Agustinos, Salesianos y Jesuitas); té social en los salones del Club de Tenis de la Exposición; saludos a los señores Rectores de San Marcos, Universidad Católica y Escuela de Agricultura, así como al Alcalde Municipal y al Excmo. Sr. Arzobispo de Lima. Especial solemnidad tuvo la visita al señor Presidente de la República, en la cual, con noble elevación, Hernán Vergara presentó el saludo del Congreso, contestando el señor Presidente con frases de elogio para esta obra de vinculación internacional sobre la base de la afirmación de la tradición cristiana del Perú y de Hispanoamérica.

En la designación de las nuevas autoridades de la CIDECA, se eligió a Colombia como sede del Tercer Congreso, encargándose a Hernán Vergara del Secretariado de Organización, y al Perú el Comité Ejecutivo, designándose a Jorge del Busto como Presidente de la Confederación. Además se eligieron a los Vocales, resultando designados los siguientes países: Argentina, Brasil, Colombia, Chile, España, Méjico y Uruguay.

La CIDECA y sus Congresos pueden ser juzgados desde muy diversos puntos de vista y apreciarse con muy distintos criterios. Puede considerárseles en una visión total o en uno de sus varios aspectos particulares de acción universitaria o de movimiento juvenil, en sus bases de religiosidad católica o en sus carácter de vinculación internacional; puede juzgárseles en relación a sus proyecciones nacionales o en cuanto a su significado internacional. La posición de la CIDECA, admirablemente establecida por su creador el P. Martínez Silva y orientada hacia los aspectos esenciales de la vida espiritual y social de Iberoamérica, en la cual figuran valores dignos de alta estima, hace que todos sus aspectos sean de muy rico contenido y que cualquiera de ellos tenga una importancia apreciable. Indicaremos ahora algunos de los que más claramente ha puesto en evidencia el Congreso de Lima.

La CIDECA reunió su 2o. Congreso para hallar una definición de nuestras esencias nacionales, y de las bases permanentes de la unidad hispanoamericana que las complementan, a fin de orientar en consecuencia su acción de apostolado universitario. El Congreso ha sido así una actividad de orden intelectual, en la que tiene ésta de investigación serena de la realidad, sin prejuicio ni cristal de color ante los ojos: simple búsqueda y constatación de hechos que son. A esta constatación ha seguido, en natural proceso, una valoración formulada en nombre de los principios eternos del cristianismo y de los criterios de la filosofía perenne, y, finalmente, la formulación de propósitos de continuidad y de adelanto en la obra de cristianización y de creación de un nuevo orden.

Movimientos intelectuales ha habido y hay diversos en la América y en nuestro país. Unos orientados a la investigación de las varias ramas de la Ciencia, sin supeditarse a preocupación de ningún otro género; otros enderezados, franca o solapadamente, a dar fundamentación a determinada ideología, la cual, como ya lo expresa la palabra usada, no es verdad ni realidad, sino simple opinión y parecer. Numerosos son también quienes careciendo de una debida orientación o aparentando una vocación que no existe, se limitan a adoptar posturas y a entregarse a retorcimientos intelectuales, con triste desperdicio de inteligencias que hubieran podido ser valiosas en el mundo del saber.

Cuando algunas de estas corrientes se han preguntado qué somos en el Perú y en Iberoamérica, muchas veces una teoría política ha bastado para su respuesta y han dicho: somos una democracia. O un criterio formalista los ha inspirado y han contestado: somos una República. Los autores de nuestras diez cartas constitucionales, que han enfocado la realidad desde el punto de vista político más restringido, cual es el de determinar la organización del Estado, son los autores de tal criterio. Constituidas las Asambleas de cada una de esas ocasiones en máximas cátedras de la Nación, han sembrado profusamente —que—

riéndolo o no— la opinión de que somos sólo eso, una República y una democracia. Es ésta en efecto nuestra forma política, pero ella no es toda la realidad social que organiza. Y sobre todo, allí no se vislumbra siquiera la esencia espiritual de la Nación y de la sociedad en que se realiza tal organización. No es posible definir lo nacional considerando sólo lo subordinado que es la forma política, ni sólo lo accidental de su régimen. Es necesario ir a la sustancia que está más allá del fenómeno y buscar el cimiento que soporta la superestructura; es necesario definir en términos de Espíritu, porque esa concreta unidad que es cada Nación, es un modo del ser social del Hombre.

Nuestra ser de Estado, nuestra realidad de República, nuestra obra de Nación, no se definen cabalmente con ninguno de estos tres términos. Sólo cuando se llega al Espíritu y se percibe su tono y su intención, se sabe qué significan aquellos términos y cuál es su contenido preciso. Todos estamos de acuerdo en que somos Estado, Nación y República; pero no estamos de acuerdo, sin embargo, en cuál es nuestra alma ni cuál nuestra vocación.

En otro caso, hoy bastante común, intelectuales de diversos credos han aceptado una hipótesis arbitraria y, con profunda intención de antítesis, han respondido: somos Indoamérica. Precisar qué es Indoamérica es una cuestión que no se puede resolver con una segunda fórmula cuya multivalencia permita conservar la aparente unidad de quienes aceptan y afirman la primera porque le dan las más subjetivas explicaciones. Por el contrario, precisar cuáles son esos rasgos de Indoamérica, señalando sus valores esenciales y mostrando sus estructuras capitales, ha conducido a una indicadora bifurcación: a proclamar una calidad neo-indígena claramente anticristiana (por laica o por pagana) o a eludir las capas profundas de la definición para permanecer en los motivos de la plástica, en los temas del cuento o en las frases de la música. En el primer caso se ha querido negar la esencia auténtica de América y de cada una de las naciones que en ella se formaron a partir del siglo XVI; en el segundo se ha temido llegar hasta el extremo a que conduce tan peligrosa como falsa afirmación.

La CIDECA ha querido que los estudiantes católicos de Iberoamérica no permanecieran ajenos a tan grave problema, ni menos que hallaran su respuesta en simples artificios intelectuales o en atractivas lumbres de política. Debía investigarse la realidad, pensarse el problema, y luego presentar las constataciones, porque en ellas y sólo en ellas está la verdad. Después de cumplida esta preparación, en el Congreso se ha podido decir: las Naciones y las Patrias se definen por su Espíritu, y el nuestro —el de cada país y el de Iberoamérica— es el informado por la verdad y por la vida católica, a través de las formas de una cultura hispanoamericana particularizada por matices locales.

Ha quedado definida también esa otra realidad internacional que es Hispanoamérica. En la compleja variedad del mundo contemporáneo hay una extraordinaria uniformidad desde el Río Bravo hasta Magallanes, y entre ella y los países iberos de Europa. La constatan todos los que miran hacia nosotros, por turismo, por ciencia o por negocio. Y la han constatado muy diversos tipos de dirigentes intelectuales, sociales y políticos, al propiciar las más diversas organizaciones y teorías, desde las tentativas del Congreso de Panamá y de los Ame-

ricanos de Lima para una solidaridad internacional, hasta las Federaciones Deportivas de nuestros días. Los Estados Unidos nos llaman colectivamente Latin-América, cuando se trata de agencias noticiosas o de relaciones mercantiles, y, cuando se mezcla la preocupación política, recordándonos las doctrinas liberales con que nacimos a la vida independiente, nos dicen Latin-American Democracies.

Pero todas estas definiciones, ciertas en la objetividad de sus constataciones, cualquiera que sea la intención que cubra, son también definiciones por lo accesorio y por lo secundario. Tampoco aquí se ha querido ir al cimiento de la unidad.

La Geografía no es la causa, porque si lo fuera habría también unión en Europa y en el Asia; la astuta uniformidad política, que no es exacta, no tendría porque restringirse sólo a la América; el vínculo de la Economía es cambiante e insuficiente y no siempre respeta dignidades y derechos, concedida su efectiva utilidad como nexo; la unión internacional de "clases" o de países orientados por "posiciones clasistas" es criterio cuya calificación está entregada a la exigencia de la táctica y al oportunismo de los dirigentes; y si la Historia fué proceso que nos hizo unidad después de la multiplicidad prehispánica, ha sido también factor que nos ha hecho variedad a partir del siglo XIX.

En el Congreso de la CIDECA se ha señalado desde el primer momento una realidad y se ha pensado en una idea como fundamento de la unidad, y desde el primer momento se ha entendido solamente un contenido al cual se ha dado sólo un significado: somos Hispanidad, comunidad de cultura, cuyas bases están en el Catolicismo que informa nuestro espíritu y, secundariamente, en el Lenguaje, la Historia y la Costumbre. Lo político es particular y el régimen es accidental; para ellos libertad. Pero en lo otro, en lo permanente y sustancial, allí no. Allí somos variedad de formas en unidad de Cultura, allí multiplicidad de creaciones y de influencias en unidad de Fe. Es ésta nuestra esencia, es ésta nuestra alma, la peruana y la hispanoamericana: unidad en la Fe, unidad en la Cultura.

Con una y otra precisión sabemos quiénes somos y, por tanto, qué debemos hacer. Nuestras fuerzas espirituales, nuestra orientación educacional, nuestro rumbo en política, todo adquiere un sentido y se ordena dentro de una concepción teocéntrica del Catolicismo que animando nuestra vida personal y social se hace presente con plenitud de contenido y con caracteres de totalidad: Economía, Educación, Orden Social (que es Política y no política), Arte, Filosofía. Y es esa concepción no en abstracción de pensamiento puro, ni en sistema de ideas desencarnadas —que son anticristianas por racionalistas y teóricas— sino en realidad de formas culturales que vinieron de España, se adaptaron a cada caso y hoy libremente se desenvuelven.

Claramente queda precisado también qué deben hacer los estudiantes —y los maestros, los profesionales, los sacerdotes y todos los que viven en el ejercicio y para el servicio de la Fe y de la Cultura—. Queda especialmente señalado para la Acción Católica Universitaria, para sus dirigentes y militantes. Porque si la Acción Católica, en su misión de cristianizar la sociedad y de crear un

orden nuevo. llama a todos los sectores sociales y a cada uno señala como campo de acción los propios fines de su vida temporal, al universitario le pide que su apostolado lo haga en su propio campo de vida intelectual y de obra profesional. Ejerciendo allí su actividad, y cuando su vocación lo lleve al de la acción social o a la acción política, también en ellos, al universitario le corresponde la afirmación de la esencia católica de nuestra nacionalidad y de nuestra unidad de Fe en Hispanoamérica. Le toca además, —claro está—, la labor propia del católico en lo que se refiere a la vida religiosa, pero describir esa esencia, cultivarla en el campo del saber y difundirla en todos los sectores, es labor que corresponde a quienes tienen la guía espiritual de la sociedad. Vivir la vida integral cristiana que la Acción Católica exige, no se reduce a lo estrictamente religioso: requiere además el deber de apostolado, que es obra social, y que se especifica en el arte y en el oficio de cada cual.

La CIDEA no quiere por eso que el estudiante sea sólo técnico ni exclusivamente intelectual; mucho menos lo encamna al profesionalismo puro. El estudiante aspira a ser un hombre culto, y se debe más que otros a la íntegra formación que esa calidad lo exige: religioso, humanista y profesional. Si, y ante todo, formación e intensidad de vida cristiana, porque ella es generadora exclusiva del único amor capaz de unirnos a esas esencias y la vía única para aprehenderlas y vivirlas. Jerárquicamente en segundo término, pero también, formación universitaria, o sea en la vida y para los fines de esta corporación destinada a la Cultura y a la investigación científica. Formación profesional en tercer término, y profesionalidad con noción clara de la función social y con espíritu de servicio para los problemas nacionales.

La urgencia de iniciar una renovación de nuestro ambiente universitario en estas direcciones es grande. No es una urgencia de tiempo sino una urgencia de realidad, un apuro de exigencia vital para el país.

Si la Universidad no es ante todo y sobre todo un hogar de la Ciencia —desinterés, objetividad, disciplina— y no está poseída por el afán de realizar los valores de la Cultura que modelan al hombre integral —persona con finalidad trascendente, capaz de Verdad y de Bien— tampoco será un centro de formación ni aún un colegio profesional. Porque la profesión liberal que se apoya en la Filosofía, en la Biología, en el Derecho o en la Matemática, pierde su contenido propio y su explicación, cuando esta base desaparece o se convierte en simple conocimiento de reglas y de procedimientos. Trocado en proceso mecánico lo que debiera ser cultivo de una disciplina modeladora del espíritu universitario y convertida en muerta inclusión intelectual lo que debiera ser actitud espiritual adquirida en el contacto con los grandes maestros de las diversas ciencias, la Profesión difiere sólo en grado, no en especie, del espíritu del trabajador descalificado, de la manera del rutinario y de la triste condición del aplastado por el régimen maquinista. Esta Profesión inanimada, encuentra muy pronto en el espíritu de lucro su motor y su finalidad.

Desde un punto de vista social son trascendentales las proyecciones de esta descalificación de la Profesión. Igualadas las altas Profesiones a las simples ocupaciones mecánicas, y perdida así la capacidad de desinterés y de sacrificio

que toca a las primeras como clases dirigentes de la sociedad, se resiente ésta por la desaparición de los altos ideales que mantenían internamente la cohesión nacional y por la inferior calidad humana de sus hombres representativos. La comunión en altos fines —humanos y nacionales— que ya nadie cultiva y que ninguna clase ni profesión encarna —santidad, ciencia, justicia, fortaleza— se disuelve en atómica multiplicación de intereses particulares, en general desprecio de los sociales y en abierta afirmación de impulsos primarios que reniegan de toda guía racional y de toda disciplina moral. Es entonces que violentas transformaciones políticas sustituyen la cohesión interna por la coacción exterior y la unión de los hombres por el entropamiento colectivo de los individuos. Desaparecen la persona y la sociedad que la sirve, para dar paso a una gigantesca máquina social en la que los individuos son simples engranajes.

¿No se presenta el Congreso de la CIDEDEC como un llamado para promover un movimiento universitario en el Perú? ¿No compromete a todos —estudiantes, maestros y profesionales— a empeñarse en alcanzar el alto ideal de Universidad? Desde hace mucho tiempo los movimientos universitarios sólo son para y como partido político, cualquiera que sea la bondad y el acierto de sus principios; somos muchos los que no hemos oído hablar de acción universitaria sino con sentido de agitación y con finalidad ajena al claustro. Universidad, Cultura y Nación han sido vividas y sentidas casi exclusivamente cuando elementos de política partidista han tenido intervención. No es que se condene la política (ni con mayúscula ni con minúscula); por el contrario, constatamos que este mismo hecho denuncia la incapacidad universitaria para atraer a sus miembros a sus propios fines. Pero, ¿es acaso que como valores en sí mismos no son dignos los culturales y los científicos de una preocupación y de un cultivo? ¿es que no tenemos capacidad de querer esos bienes por lo que ellos son y de emocionarnos por ellos sin necesidad de arrebatos vitales ni de movimientos de instinto? ¿o es que nuestra educación es tal que se pierde en ella la capacidad de apreciar y de actuar por tan nobles y desinteresados fines?

Con el orgullo de la obra bien pensada por su clarividente fundador, puede la CIDEDEC presentar un modelo de acción universitaria, obra de estudiantes en su propio ambiente y para los fines propios del estudiante: sin posición de política partidista, sin plataforma de personas, sin importación de ideologías. Inventario de realidad, fines de cultura y de perfección humana, sentido religioso, he aquí los criterios de una obra universitaria.

Cuántas otras lecciones presenta este Congreso de la CIDEDEC, no por lo que es sino por lo que sugiere. Cuánta provechosa lección sobre Universidad, sobre Cultura, sobre Juventud. ¡Y cuánto en su aspecto religioso!

Movimiento de universitarios que en nombre del Catolicismo hacen una acción estudiantil, es posiblemente un hecho casi totalmente desconocido en nuestros últimos cincuenta años. Verdad es que ya muchos y muy diversos síntomas anunciaban su posibilidad y él ha sido recibido como algo natural, ordinario, casi podría decirse.

Es éste uno de los más puros valores del Congreso: haber expresado en reunión internacional cuál es la efectiva posición de la Iglesia en el terreno universitario. Si existiera todavía algún liberal se habría espantado viendo juven-

tudes creyentes y capaces en lo que siempre juzgó ser su propia casa, por ser casa de la "ciencia": en la Universidad. Y hubiera constatado la manera nueva de estos estudiantes: ya no más el infisionado de laicismo que tenía un sentido adjetivo de su religión, cuando no una vida y una mentalidad partida en campos irreconciliables; no tampoco conductores de política en nombre de la Iglesia. Simples estudiantes de Acción Católica, fermentos en la vida intelectual, apóstoles en la acción personal.

Con preocupación de religiosidad vivida, con emoción de renovadores espirituales de un orden social que acaba, con pureza doctrinal libre de intereses temporales, los estudiantes han abierto sus mentes y han presentado sus problemas y sus ideas. Podrá haber errores e insuficiencias; pero hay una sinceridad y una integridad de la que nadie ha dudado. Alguien habrá pensado —el positivismo sigue siempre al liberalismo— que más valiosa fuera una acción inmediata; pero hay una seriedad y una altura que garantizan resultados. Y objetivamente se ha constatado que Universitario y Católico pueden formar una unidad orgánica, que Juventud y Catolicismo se realizan en dignos exponentes y que Universidad e Iglesia son otra vez nobles instituciones aliadas en la obra del Espíritu.

Habría también que llamar la atención sobre lo que significa para la Iglesia un movimiento de intelectualidad que en nombre de la Fe se realiza en más de veinte naciones. No es la realidad de hoy, pero es la posibilidad de hoy, el que esta unidad hispanoamericana, tan llevada y tan traída, al encontrar su sentido, eche los cimientos de su vida internacional, defina su criterio de conducta y pueda expresar, por fin, cuál es su misión en el concierto mundial. Esta América Hispana, nacida al desgarrarse Europa en la tragedia de la Reforma, puede dar al mundo una flor de paz en la unidad de la Fe, y un sentido orgánico y universal a la Cultura, por encima de nacionalismos intransigentes y de subjetivismos narcisistas.

No es la utopía del continente sin guerra y sin crisis que en nombre de la Democracia y de otros valores secundarios del orden social predica un tanto idealismo humanitario. Habrá guerra y habrá crisis, por fuerza de armas serán las restituciones y habrá injusticias por poder económico o militar, que es éste el fruto del pecado y la experiencia de una Historia apenas centenaria. Pero, habrá terrenos de entendimiento, comunidades de ideas, identidad en la jerarquía de valores, y los efectos del pecado podrán ser reparados en mejor forma que con pacifismos o con prepotencias, que no dan ninguna base para restañar heridas que jamás podrán evitar.

Para nuestras relaciones con los Estados Unidos, con los sectores de magníficos católicos que en ellos quieren igual creación de un orden nuevo y de una cristiandad renovada, ¿no ha sido acaso de gran interés la presencia de uno de sus dirigentes universitarios en este Congreso? Hemos visto su buena voluntad, hemos sentido nuestra posible inteligencia en la comunidad de la Fe que suaviza la diferencia de las costumbres y llena los abismos de la Historia. En el intercambio cultural en que parecen ya ocuparse los Estados Unidos, interesa vitalmente para todos que sean estos sectores católicos los que hagan la conexión, y que no tengamos más la triste experiencia de escuelas normales laicas o pro-

testantes, la penetración de nuevas misiones evangelistas so capa de profesores, y el crecimiento de disimuladas floraciones masónicas.

Sin perder la esencia iberoamericana, sino para servirla con criterio de realidad que nos dice la presencia de los Estados Unidos en el Nuevo Mundo y su influencia multiforme en nuestras vidas, conviene que haya estos contactos periódicos con quienes tienen la responsabilidad de la vida universitaria o de las organizaciones de Acción Católica en los Estados Unidos. Sirviendo así a nuestras naciones y trabajando por la defensa de nuestra personalidad espiritual internacional, trabajamos por la Iglesia y la servimos.

*Ernesto ALAYZA G.*